



Dib. MEL.—Madrid.

—¿Eh?... ¡Dígal... Sí... ¡aquí, al aparato, el Príncipe de Mónaco!...

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5.20 pesetas
Semestre (26 —).....	10 40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6.20 pesetas
Semestre (26 —).....	12.40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6 50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

————— MADRID —————

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

Bases para el Concurso de diciembre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios consistirán en tres objetos de arte atendiendo así al requerimiento de muchos *pie-de-*

hempistas, que ya estaban cansados de ver que no hacíamos trampas para que les tocara la lotería.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitírsenos reunidas antes del día 10 de enero, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

En el sobre debe ponerse: *Para el Concurso de pasatiempos.*

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de noviembre insertos en esta página. A los *suscriptores* de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En uno de los números del mes de enero se publicarán las soluciones y los nombres de los

concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

1.—Consecuencia de los terremotos.

D D IIII

2.—Se encuentran y no se encuentran.

II WINO I

3.—Lo que quieren muchos.

1a 1000
Arrendamiento

4.—Suele serlo el «nuevo rico».

1 sin carga 500
METAL



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

5.—¿Cómo está el que se queda sin un real?

CENTRO
Artículo

6.—Charada.

—Anda, ponte la *prima tercia*, ahí la tienes en esa *dos tercia*.

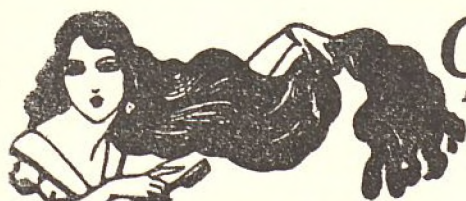
—Me irá junto a la *tercia prima* porque por los cristales entra mucho frío.

—Como que no tienen *todo*.

7.—Para un capitán.

III
Toma bebida

BUEN HUMOR lo vende en México D. Nicolás Rueda en su nueva Librería de la calle 2.^a Victoria, núm. 33



Agua RADIIUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —

CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de diciembre.

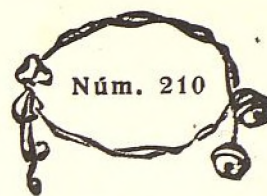
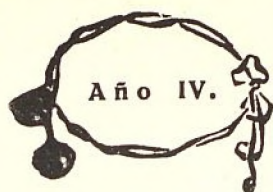


Los entusiastas
partidarios de los depor-
tes son también conven-
cidos partidarios del
A G U A D E
COLONIA AÑEJA

Conocen la deliciosa sensa-
ción de bienestar y frescura
que proporcionan, después
de las violencias del ejercicio
físico, unas buenas fricciones
con esta exquisita Agua de
Colonia, compuesta de alco-
hol neutro de 90° y esencias
concentradas de flores y fru-
tas. Es un eficaz estimulan-
te de la energía física. Toni-
fica los nervios y da a los
músculos agilidad y vigor.

Frasco de litro, 15 pts.; frasco pequeño, 2,50
en toda España.

PERFUMERÍA GAL. ... MADRID



PARA TRIUNFAR EN EL TEATRO



El gusto del público que acude a los estrenos, es zeppelin en noche tormentosa. Con esta imagen, que es casi un retablo, he querido dar a entender que el referido gusto evoluciona aun más que la susodicha y teutónica aeronave. Quede, pues, en pie esta afirmación que dejo bien sentada.

Voy a dar unos cuantos consejos a los que intenten hacer teatro, ya que —¡fuera modestia!— me considero gran autoridad en la materia. En efecto; ¿qué autor, por excelente que sea, no ha sentido las iras del «respetable»? Pues bien; a mí no se me ha pateado nunca. Puedo decirlo muy alto. Bien es verdad, que al estreno de mi drama «Muerte y desolación» en el Coliseo Eureka, de Getafe, no acudió más que un espectador, parálítico por más señas.

Poseo fórmulas para que la comedia le guste al público, a la crítica, al empresario, a los cómicos o a los acomodadores. Hoy sólo hablaré de la primera.

Es preferible que la acción no ocurra en nuestros días; los siglos xv, xvi y xvii se estilan más que los paraguas con anillo de goma. Tratándose de operetas o de compañías en que haya chicas guapas, la época más adecuada es la prehistórica.

Al levantarse el telón, Fulano se lamenta de que su novio, que es coleccionista de sellos, marchase a América, hace cuatro años, para buscar un sello móvil del Perú sin que hasta la fecha haya sido para ponerla dos letras. No hace más que marcharse, cuando aparece un nuevo personaje con un maletín en la diestra. Es Fulano, el coleccionista, que dice, ya hablado, ya con música:

—Todo está igual. Parece que fué anteayer.

Es muy conveniente que una niña pequeña, —ahora se estila mucho— salga a escena con cualquier pretexto. Tratándose de dramas, se recomienda que mientras la madre llora porque no puede pagar el inquilinato, se sitúe la chiquilla en primer término, —¡cuidado, no se caiga dentro de la concha del apuntador!— y diga:

—Mae, quero botas.

La madre y la hija se abrazarán llorando mientras cae el telón.

Tampoco debe faltar la escena trágica. Fulano, al enterarse de que su novia se ha fugado hace un momento con un comisionista de lejías, jura vengarse. Se introduce en la habitación de

la fonda donde duerme su rival, a quien llamaremos Mengano, y, con un cuchillo en la diestra, canta una romanza en la que asegura que él es un miserable. Con el ruido de la canción, el comisionista se despierta y se lleva el susto consiguiente. Pero Fulano, entonces, arroja el cuchillo al suelo, al tiempo que dice:

—¡Cómo me va a ser posible matar a nadie, si he nacido en tal pueblo —aquí el nombre del en que se representa la obra— y tenemos todos sus vecinos un corazón más grande que el Monumental Cinema.

Inmediatamente, el comisionista y Fulano cantarán un dúo en el que proclaman que los naturales de Valdejuncosa de la Higuera, tienen una víscera cardíaca como para rifarla en lotes. Al acabar, se abrazan llorando.

Se presenta la novia de Fulano, que no se había fugado con Mengano, sino que se limitó a salir con él en una moto para enseñarle los monumentos locales. Los novios se abrazan y el coleccionista declara a su prometida que no ha podido escribirla porque al embarcar le robaron la pluma estilográfica.

Una voz dice:

—¡Al balcón, al balcón!

Suena la música. Se trata de un regimiento que vuelve de Flandes y que desfila al son de un himno patriótico. Para que haya justificación de oírlo durante media hora, el autor puede hacer que haya tenido que pararse para dar paso a un carro de mudanzas. Se escuchan los acordes de la marcha real. Los novios caen de rodillas, y él se quita la boina: es que pasa la bandera.

La ovación se garantiza durante dos años.



Dib. SILENC. — Madrid.

MANUEL LÁZARO

LAS VOCACIONES INFANTILES

No es el tema de las vocaciones infantiles tema susceptible de rápido enjuiciamiento, ni de frívolo enfoque, ni terreno propicio a disputas humorísticas si no, por el contrario, campo abierto a enunciación sistemática y doctoral.

Este comentario, libre de anécdota, envuelto en una amplia serenidad meditativa tocará uno por uno mil problemas candentes por cima de los cuales no cabe pasar con el gesto regocijado.

Expongámoslos:

¿Por qué cambian radicalmente las aficiones de la clase infantil española?

¿Por qué se evidencia manifiesto descenso en el número de los que aspiran al generalato?

¿Por qué, igualmente, hay menos partidarios cada vez de consagrarse a las actividades del episcopado?

Concibo que muy escasos elementos cifren su máxima ilusión en ser maquinistas; la juventud del mañana no ha podido menos de observar, desconsolada, la irregularidad asombrosa de nuestras vías férreas. Siete descarrilamientos semanales, son muchos descarrilamientos; cien choques al año, demasiados choques.

Pero, ¿y el episcopado? ¿Por qué ya

no desea nadie ceñir a su dedo la amatista pastoral?

No sé, no sé...

Muchos de mis compañeros de niñez afirmaban rotundamente: seré Obispo, estudiaré para Obispo.

Y sus rostros, al afirmarlo, revestíanse de evangélica unción.

Y ahora nadie dice eso.

Yo tenía un altar de múltiples candelabros y delgadas velillas, cáliz diminuto y diminuto misal: hoy nadie tiene altares. ¿Por qué, por qué sucederá así? ¿Acaso será un síntoma de la descatolización de las costumbres? ¿Acaso una consecuencia de las lecturas de Torrubiano Ripoll? Lo ignoro.

Tampoco sé por qué no priva ya el generalato.

Quizás puede atribuirse su sensible baja a la parquedad en bandas y plumeros de los nuevos uniformes, al descrédito del cadete entre el elemento femenino, a la desaparición paulatina del capitán como protagonista de zarzuelas y novelas sentimentales, quizás a enseñanzas deducidas de la gran guerra, tal vez a la carestía de los soldados de plomo.

¡Ah, son fruto de influencias muy distintas las nuevas orientaciones de la grey infantil...!

Pero, su evolución, confesémoslo ha sido radical y prosaica.

En el jardín que frecuenté de chico, por cuya superficie han desfilado todas las generaciones infantiles de mi barrio, ya, ni se juega a justicias y ladrones; sí, en cambio, a un escondite de parejas mixtas propensas, por demás, a refugiarse en los lugares oscuros y solitarios donde es importunarlos, descubrirlos.

Algunos intelectuales leen a Salgari. Como los personajes de sus novelas dicen: —¡cuerpo de ballena, vientre de tiburón, estómago de bisonte!— y se juzgan capaces, perdidas en las selvas, de alimentarse con sus frutos y de lidiar con tigres y leones al amparo de infalibles cerbatanas de confección casera.

Pero estos últimos son minoría. Hay un rapaz que es un símbolo: piensa ser chauffeur, futbolista y actor de cine. Posee en principio las materias concernientes a sus varios oficios y de él he obtenido definiciones aproximadas de las magnetos, de los penaltys y de los mutis.

Invierte sus ahorros, no en torraos y cacahuetes, o en martinicas y pólvora, como nosotros, que de pequeños fuimos víctimas de manía pirotécnica, si no en egipcios. Un bullicioso batallón de Infantería de línea acude todas las tardes al cadencioso arrullo de las nodrizas y él, entre cabos y sargentos, chicolea a las criadas. Escupe por el colmillo y quiere ponerse de largo al cumplir los seis años.

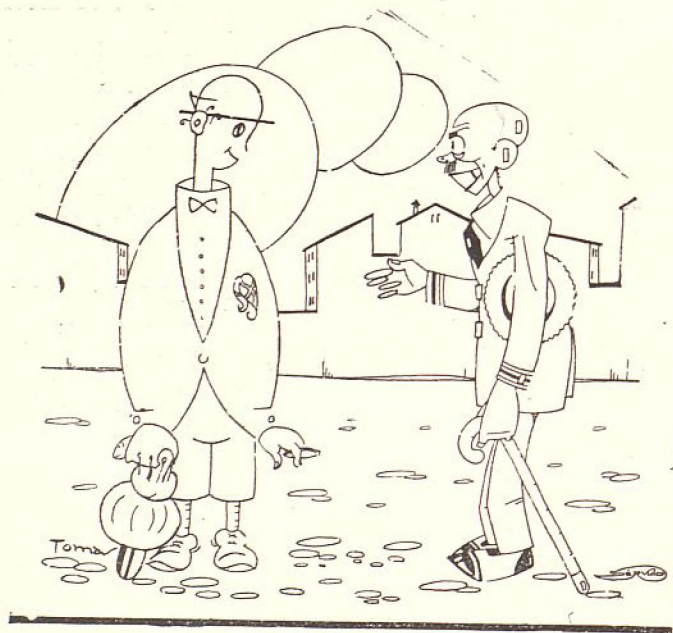
Las tres maravillas mundiales por él atacadas, son: el Rolss, el Athletic F. C. y Douglas Faibranks. Y es un símbolo, sí, es un símbolo.

Si dentro de unos años, otro cronista, más sagaz que yo, estudia el sugerido problema de las vocaciones infantiles, ¿a qué resultados no llegará...! Porque paralelo al progreso material que nos aturde, se opera otro, intelectual y callado, más extraordinario aún.

¡Qué sorpresas nos darán nuestros nietos...! En el futuro próximo los críos nacerán subscritos a la Novela Pasional y se dormirán arrullados, no por el cuento ingenuo y flojo de Ratoncito Pérez, sino por el esquemático extracto de las obras del Caballero Audaz. No habrá nadie que al concluir el lustro inicial de su vida crea aún que nacemos en la capital francesa.

Los críos del mañana, lejos de volverse al claustro materno desilusionados en su investigadora mirada de la vida, como aquel cuya historia nos contaba Villiers, se empinarán en las entrañas que los procrearon y sonreirán picarescamente a la comadrona.

JOAQUÍN CALVO SOTELO



Dib. SÉRVULO.—Albacete.

ENTRE ACTORES

—¡Y cuando vi que me apuntaba así, se me pusieron los pelos de punta!

—¿Los pelos de punta?

—Sí; es que tenía la peluca puesta...

DIGNIDAD PROFESIONAL

Con artimañas sutiles
contra pobres campesinos,
y sin miedo a los civiles
que vigilan los caminos,
hace tiempo, no se cuánto,
el Pelón y su cuadrilla,
estaban siempre de espanto
de los campos de Castilla,
donde sintiendo al azar
de que ocurriese un percance
dedicábanse a robar
cuanto hallaban a su alcance,
y en eterna correría
por el monte y por el llano
no se les pasaba día
sin dar un golpe de mano.

Era el Pelón un bandido
ya célebre en la Nación
porque no había tenido
rival en su profesión,
y era en muchas ocasiones
la envidia de sus cofrades,
porque también los ladrones
tienen sus celebridades.

Y es público y es notorio
que todos sus compañeros
eran la crema, el emporio
del ramo de bandoleros.
¡Pues poco que se fijaba
en este punto el Pelón!
¡cómo que allí no se entraba
más que por oposición!

Sucedió que la cuadrilla
entró una noche a robar
cierta casa de una villa
que no hay para qué nombrar,
y lo hizo de tal manera
con suerte tan envidiable,
que el golpe fué de primera,
en negocio inmejorable.
¡Qué golpe aquel, qué derroche
de audacia en su ejecución!
¡bien se portó aquella noche
la cuadrilla del Pelón!
Después, procediendo tal
y como estaba ordenado

hizo entrega a cada cual
de lo que había robado.

Pero ocurrió que un ladrón
cometió la picardía
de guardarse una porción
de lo que robado había.

Súpoio inmediatamente
el Pelón, y hecho una fiera
congregó a toda ss gente
y la habló de esta manera:

«Compañeros, he sabido
que en nuestra corporación
hay uno que ha cometido
un robo». (Estupefacción)

«Y como lo que ese ha hecho
atenta al compañerismo,
en uso de mi derecho
ordenó y mando que hoy mismo
de mi cuadrilla se vaya
ese que así nos mancilla,
porque yo no quiero que haya
ladrones en mi cuadrilla.»

MANUEL SORIANO



—¡Un momento! ¡No se mueva!
—, Pa movimientos está ahora mi amito, niño!

MONDRAGÓN.—Barcelona.

NUEVO LIBRO DE PÉREZ ZUÑIGA

Con el breve título de Titeres ha publicado la Editorial «Renacimiento» el volumen XVIII de la Colección de Obras Completas, de nuestro popular e ingeniosísimo colaborador Pérez Zúñiga.

De este libro, recientemente puesto a la venta, reproducimos lo siguiente:

“EL REMATE DEL CURSO

I

Distinguido amigo mío: Las madres somos débiles y vivimos dominadas por el amor maternal, del que no tiene usted idea exacta puesto que probablemente no habrá usted sido madre nunca.

Digo esto, mi señor don Juan, al tanto de que tengo una hija, nacida como yo (aunque mucho después), en Ombligueros del Fraile, y criada en Madrid, a cuyo Conservatorio asiste curso tras curso para aprender a tocar el piano, artefacto sonoro que, a Dios gracias, domina maravillosamente, pese a la opinión de los vecinos de mi casa (que es muy de ustedes), uno de los cuales hasta se ha permitido sacar una copla que cae en verso y dice:

«Tan fuerte una vez la oímos
tocar una malagueña,
que más de cuatro creímos
que estaba partiendo leña.»

La mordacidad, la envidia y la maleficencia se ceban en mi pobre hija. Pero es lo que yo digo: ¿Ella qué culpa tiene de que las del primero no sepan más que hacer pespuntes, y las del segundo, tortillas? ¿Qué culpa tiene de que don Pío, el del tercero, no conozca más feclas que su suegra y su mujer?

El caso es que mi niña se pasa las horas muertas encima del teclado, y con Chopín se acuesta y con Larregla se levanta.

Me preguntará usted «a fundamento de qué» viene todo esto; y yo, entrando de lleno en el objeto de mis cortas, pero honradas líneas, le digo, con la confianza grande a que su chirigotez me anima, que necesito de usted un señalado favor.

Pepita está en el cuarto de piano.

No me refiero a la habitación donde radica el instrumento, sino al cuarto curso de enseñanza; y ayer precisamente se examinó Pepita ante un Tribunal de señores, que, si no graves, son de pronóstico reservado, y obtuvo de ellos un gran éxito en el cuarto, pues la calificaron de sobresaliente, sin que para ello mediase una triste recomendación mía ni una alegre sonrisa de la interesada, que sabe sonreír

como Dios cuando juzga necesario atontolinar al prójimo.

Pues bien, don Juan de mis culpas, a usted, cuyo corazón es tan tierno que, comparada con él, la mantequilla de Soria parecería cemento armado; a usted, que indudablemente recuerda nuestros felices tiempos de camilla y de tute, y cuya amistad conmigo data nada menos que desde nuestra venida de Ombligueros del Fraile; a usted, en fin, que sabe lo que tiene dentro una madre amante, acudo preñada de ilusiones y de esperanzas para que me *conceda* (no recuerdo si conceda es con zeda) el favor de la publicidad, puesto que tantos amigos conserva en la Prensa de Madrid.

Sí, don Juan; ese bendito sobresaliente de mi niña, aunque no es lo único sobresaliente que puede ostentar; esa nota ganada a pulso, o sea pulsando las teclas, debe trascender al exterior; debe ser conocida por toda la cristiandad.

Pase el que no pase de las listas de Secretaría el nombre de otras agraciadas; pero el de mi hija, Pepita Pedal, no puede permanecer en el secreto de la Secretaría. Deslícese, pues, por las columnas de los periódicos, en sendos párrafos redactados por usted, y a usted deberé, con ello, un acto de gracia y justicia; porque la gracia de usted es tan reconocida en Bermeo como en Chicago, y la justicia de la publicación solicitada es mayormente notoria, puesto que de la mayor nota se trata.

¡A cuántas compañeras citan los diarios, no obstante ser, al lado de Pepita, unas alpargatas líricas en deploable uso! Sin ir más lejos, ¿no bombearon desenfrenadamente a la sobrina del general Macútez, cuando el clausuro entero sabe hasta dónde llega la niña tocando?

No le digo más: ya conoce usted mi deseo ferviente. Dé usted a luz un sueltito encomiástico para mi Pepita, y usted reciba por anticipado expresivas gracias, ínterin se las da más expresivas aún en su propia salsa (Corredora, diez), esta buena amiga que, sin áni-

mo de agraviar la santa memoria del que pudre, le envía un cálido abrazo de gratitud sin cera.

Salomé Salomón.»

II

«Distinguida amiga doña Salomé: Siento no poderla complacer a usted; pero a mí (soy franco y hablo en general) publicar las notas me parece mal; pues si los que estudian en las Facultades de las diferentes Universidades, y los rapazuelos más o menos brutos que hacen el examen en los Institutos, y los aprendices de las Bellas Artes y de los colegios que hay por todas partes dieran de sus notas una información, no tendría sitio la publicación.

Goza igual derecho López o García, tras de cursar Leyes o Patología, que la niña cursi que hace en el teclado ya una filigrana, ya un desaguisado.

Pase que jorobe Pepa a los vecinos (aunque no se quejan porque son muy finos). Pase que no cese de estudiar sonatas, posiciones fijas, fugas y otras latas. Pase todo eso; pero que, además de que me molesta como a los demás, quiera usted, señora, con atroz frescura, que yo atice bombos a la criatura para que se acabe de enterar la gente de lo de la nota de sobresaliente, eso ya es el colmo de lo censurable, de lo irresistible, de lo intolerable; y aunque usted se atufe, mi exigente amiga, yo he resuelto en firme, diga lo que diga, no hacer caso alguno de su pretensión, aun con harta pena de mi corazón.

No la extrañe que esto me haya resultado como si estuviera *métrico* y rimado; porque he estado haciendo toda la mañana gczos a unas monjas de Cantalarrana, dos cuplés picantes a la *Perro chico* y unas tonterías para un abanico; y al que escribe coplas en un periquete, se le pega el verso con su sonsonete. Conque, adiós, señora; cambie usted de plan, y disponga entonces de su amigo,

Juan.»

JUAN PEREZ ZUÑIGA



R. Marín

Dib. MARÍN.—Madrid.

—Yo me escaparía de muy buena gana... ¿Pero a dónde voy con este constipado que tengo y con el frío que hace esta noche?...

TRAMPANTOJOS

La moralidad y los bañistas

En vista de lo sucedido este año en las playas de Moralandia, se ha reunido su gobierno y ha acordado para el año que viene una ley que hay que poner en conocimiento de los futuros bañistas como se pone en conocimiento de la navegación el peligro de las minas explosivas.

Para no andar con requilorios ni vueltas, que está visto que no sirven para nada, porque el hombre en traje de baño es como automóvil que no lleva número y escapa a la espera de la policía, la nueva ley sólo tiene un artículo.

Artículo único. A todo bañista que lleve un traje indecente, los arponeros del gobierno le podrán cazar con arpón.

El loro y la dama

Tanto cariño tenía a su loro doña Poliandra, que cuando salía de paseo no lo sabía dejar en casa, entre otras razones por su miedo a las criadas que se las tenían juradas.

Doña Poliandra, vistosa, rimbombante y llena de brazaletes, inventó en vista de eso preparar en su sombrero

una especial lazada que fuese nido disimulado de su loro, al que almidonaría además los días de visita para darle así cierta inmovilidad y le diese tipo de adorno avícola del sombrero.

Cuando debía muchas visitas se ponía su sombrero enlortado y permanecía tranquila y confiada por larga que fuese la estación. ¡Pasaron por fin aquellos días de recelo en que volvía a casa desolada, gritando con desesperación: «Y el loro? ¿Y mi lorito?».

Pero una tarde aciaga en un descuido imperdonable, cuando ya tenía puesto el sombrero y montado al loro en su sitio, al fijar el sombrero al peluquín con el largo alfiler equivocó el camino y traspasó al lorito de parte a parte.

El médico de la I. S. F.

Por vanidad más que nada, por salir retratado en todos los periódicos de la I. S. F., fué por lo que el Dr. Fosco se adscribió entre los doctores de la importante organización.

La I. S. F., o sea la Imperial Sociedad Fotográfica, acudía en masa a recibir los cuidados del célebre doctor. Todos los reporteros del país acudían a enseñar la lengua a aquella eminencia.

Pero el Dr. Fosco, que no deseaba más que figurar en todas las fotografías luciendo en el pecho la cruz que sólo conceden los fotógrafos, inventó, para no sufrir las molestias inherentes a la representación, amenazar siempre con la operación a los que le visitaban y a todos les decía: «Ahí hay que cortar y sajar».

La huida de sus asociados fué radical, agravándose el pánico por como el cordobés Sotillo propalaba que aquel tío «todo lo quería sajar».

El guiño del cigarrillo

Parecía que le sonreía, que le quería decir algo con el ojo derecho. El izquierdo no sabía si lo tenía conquistado. ¡pero lo que es el derecho!

En vista de eso se atrevió a acercarse.

—Señorita...

La joven, que tenía colgada la pierna derecha en el perchero de la izquierda en la perspectiva de estar materialmente hundida en el diván del hall del Gran Hotel, descolgó la pierna, se incorporó, rehizo sus hombros, es decir, se recompuso, se vistió y atoreilló su cuerpo, salió del guardarropa de su diplicencia, tiró la colilla del cigarrillo y preguntó con energía:

—¿Qué?

El hombre que había acudido al guiño entró en razón súbitamente y repuso:

—Perdone usted... Me he equivocado.

Alfileres

El alfiler moral es ese de que se desprende un caballero para que prendamos el roto que el varetazo de la casualidad nos ha hecho en el peor sitio.

El que fija el clavel en la solapa parece clavar un corazón sobre otro corazón.

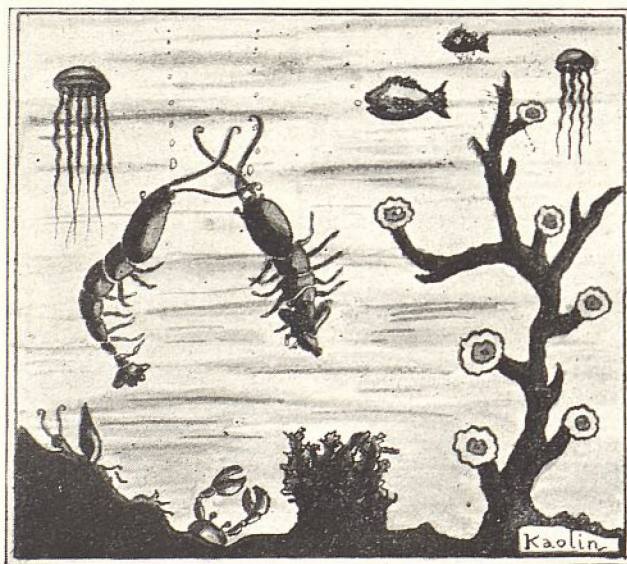
El que clava a la mariposa es el alfiler criminal.

El que une el cheque a la carta es el de plata.

El que regala la novia al novio es el que une dos vidas.

El que prende la hombrera arrancada es el de Venus Alfilita.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA



Dib. KAOLIN.—Madrid.

COJILLO SUBMARINO

—Se murmura que el bonito y la merluza...
—Tenlo por seguro; yo lo sé de buena tinta; ¡me lo ha dicho un calamar!...

NUESTRAS ARTISTAS DIBujan Y ESCRIBEN



Foto Rúa.

—Esa es mi ilusión: una casa. Dentro de la casa ¿qué hay? Por Dios, ¿cómo decir esas cosas? Hay, sin duda, muchas flores, tantas, que no caben en la casa y llenan los balcones y ventanas. Hay fuego, mucho fuego, a juzgar por lo que dicen las chimeneas. No hay muchos humos —¡ojo!—, los humos —como puede verse— se van al exterior. Lo digo, porque está visto que hay muchas personas malignas muy mal intencionadas y pudieran

JULIA LAJOS, primera figura y gran figura en nuestra escena y fuera de ella, nos ha honrado con los dibujos y las líneas de esta página que estupefaccionarán a los lectores.

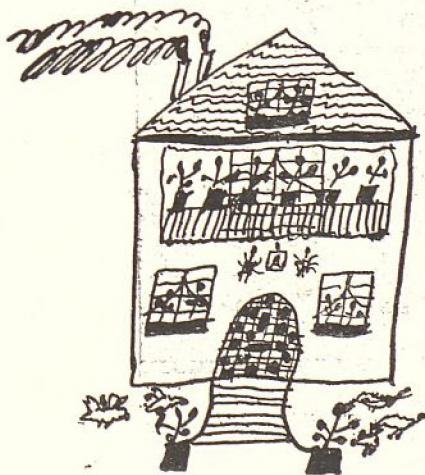
suponer que me traigo mi alusioncita. No, no. Al contrario. Eso de las chimeneas echando los humos quiere decir que los echamos de casa. Los humos se van y el fuego queda. En casa habrá cisco tal vez, pero sin tufo.

A la entrada de la casa —de mi ilusión— hay, como veis, un problema de palabras cruzadas. Es la ilusión de todas; que se crucen unas palabritas entre una y él y... ¡a casa!

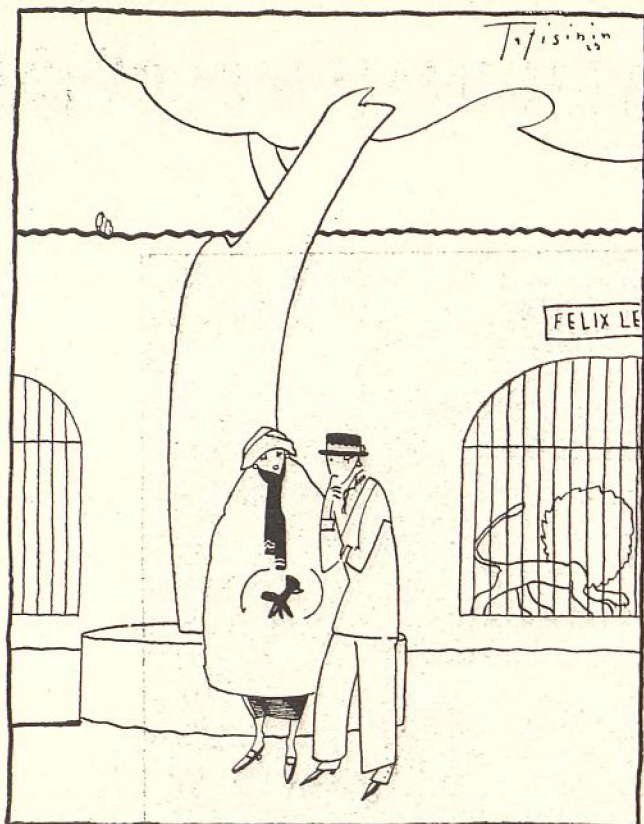
JULIA LAJOS



Mi tesoro.

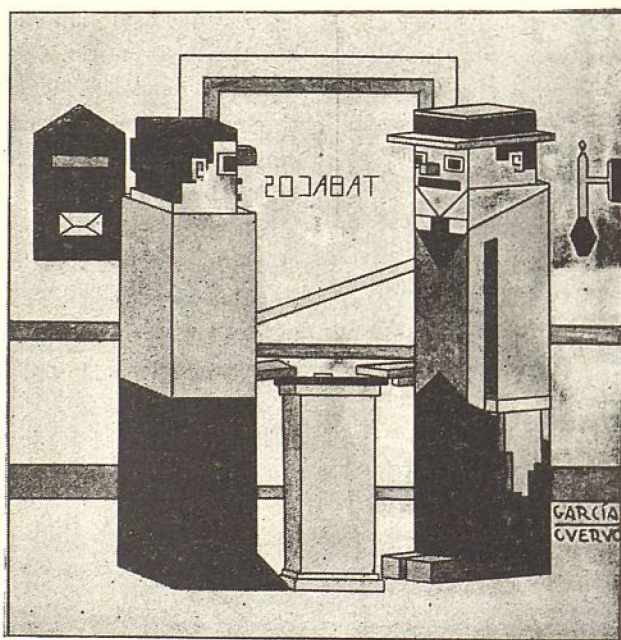


La fiera que guarda mi tesoro.



Dib. TISÍN. —Madrid.

—¡Chica, no me explico quién pueda cortar el pelo del cuerpo al león!...



Dib. GARCÍA CERVERO. —Madrid.

—¿Quiere usted cambiarme este duro?
—¡Pero si es falso!
—Pues por eso...

EL TERRORÍFICO RIVAL

Otto y Franz, allá en Berlín, eran dos buenos amigos. Mas su amistad tuvo fin y una rivalidad ruin los convirtió en enemigos.

Otto amaba a una tanguista y ella ¡¡oh!! de Franz se prendó. Y Otto, al ver que su conquista dirigía a Franz la vista, con el buen Franz regañó.

Ustedes opinarán como yo, seguramente, que, a no ser Otto alemán, hubiese puesto al desmán un remedio contundente.

Y creo que su opinión sobre Franz será la mía: que de no ser Franz teutón no hubiese dado ocasión para aquella porquería.

Pero, en fin, el caso fué que Otto, que era algo salvaje, además de echar café buscó la manera de vengarse de aquel ultraje.

He de advertir que ambos socios eran en Berlín dos *hachas* en materia de negocios, aun distrayendo sus ocios en disputarse muchachas.

Otto era un poco banquero y un poquitito inventor y unas porciones tendero, y Franz era cafetero, perfumista e impresor.

Pues bien: Otto, por vengarse, empezó por dedicarse a los negocios que hacía Franz, y con los que vivía con holgura y hasta hartarse.

Y nació una competencia que llegó a la violencia entre ambos fieros rivales, y que dió por consecuencia la mar de horribles males.

Franz puso un café y al punto Otto puso un café al lado. Franz abrió luego un colmado y Otto le agüó aquél asunto con otro mejor montado.

Y al fin Franz fué y se indignó y una funeraria abrió que era una preciosidad. ¡Y Otto entonces inventó un suero y le destrozó: pues nadie en Berlín murió de ninguna enfermedad!...

NÉSTOR O. LOPE



Dib. E. H. NUNES.—Cruz Quebrada (Portugal).

—Esta noche conseguí entrar en un Banco,
pero cuando comenzaba a trabajar apareció
el cajero...

—¿Y qué te hizo?

—No me hizo nada; ¡me preguntó si le podía
prestar cien pesetas!...

BAMBALINAS DIABLAS Y TRAISTOS

Diálogo en el que se aclara por completo la significación filosófica de la comedia de don Luigi Pirandello, «Así es... (si así os parece)», estrenada por la Compañía Morano en La Latina.



¿QUIERE USTED DECIRME?

—Usted dirá.

—La obra de Pirandello *Así es... (si así os parece)*, ¿me quiere usted decir, si le parece, lo que es?

—Sí, hombre. ¡Ya lo creo!

¿Qué ha de ser? Una obra de Pirandello.

—Toma, claro, eso ya lo sabía.

—¿Sí? ¿Lo sabía usted? No sé por qué.

—Porque lo es; porque lo han dicho; porque lo pone en el cartel.

—¡Huy, huy!... ¡Vaya unas razones!... ¡Cómo si no pusiera mil veces en los carteles que una obra es de Fulano y resulta que es de Mengano!

—Entonces... ¿Por qué sabe usted que es de Pirandello? ¿Quién se lo ha dicho?

—A mí, nadie... Me parece que es de Pirandello y, como me lo parece, ya basta: es de Pirandello.

—Eso es un disparate.

—¿Un disparate?

—A mí, me parece que sí.

—Ah, pues lo será...

—¿No es de Pirandello?

—A usted ¿qué le parece?

—A mí, nada. No lo sé.

—Pero ¿usted no ha visto la obra?

—Sí, señor.

—¿Qué le parece la obra?

—Un camelo.

—¿Le parece un camelo?

—Sí, señor.

—Pues así es... si así os parece.

—¿Está usted conforme conmigo?

—Yo, no.

—¿Cómo que no? ¿A usted no le parece un camelo?

—A mí, no.

—Pero entonces en qué quedamos.

—No quedamos en nada. A mí me parece un camelo y, a usted, no.

—¿Quién tiene razón de los dos?

—Ay, no sé nada.

—Ninguno de los dos, si a mano viene.

—O los dos.

—¡Los dos! ¡No; no es posible!...

—¿Cómo que no? Ya lo creo que es posible. A mí me parece que sí.



Una escena de *El Tío Morris*.

—¿Le parece que sí?

—Sí... ¿A usted le parece que no?

—No.

—¿Cómo «no»? No que sí o no que no.

—No que no; a mí me parece que no, que no es posible.

—Pues será también que no.

—¿Cómo también?

—Que será que no y que sí.

—¿A la vez?

—A la vez... A usted le parece que sí, a mí, que no, y, como así es... si así parece... Pues es que sí y es que no.

—Pero ¿quién ha dicho eso?

—Pirandello.

—¿Pirandello ha dicho eso?

—Me parece... ¿a usted no le parece? —A mí no me parece nada... Yo no sé... Por eso le preguntaba.

—Pues, sí... Pirandello ha dicho eso... me parece. Sin perjuicio de que haya dicho otra cosa. O mejor dicho, seguro de que también ha dicho otra

cosa. Ha dicho eso y lo otro y ni eso ni lo otro.

—Entonces no ha dicho nada.

—¿Cómo que no ha dicho nada? ¡lo ha dicho todo! ¡todo!

Que sí, que no, que qué sé yo y que ni sí, ni no, ni qué sé yo... No se puede decir más...

—Pero, ¡vamos a ver! Usted perdóne. Repasemos la obra si usted me lo permite, a ver si es que yo estoy tonto o no he visto bien lo que he visto. En la obra hay una señora anciana y un muchacho. Este tiene encerrada a su mujer sin dejarla verse con nadie. Solo se ve con la anciana cuando ésta sale al patio de la casa en donde vive y sale la otra a la azotea de la misma y se comunican con cartitas que se envían por medio de un cestillo y de una cuerda.

Esto intriga como es natural, a todo el mundo, y quieren buscar la clave de una conducta tan extraña. Preguntada la señora anciana dice que aquello ocurre así porque el muchacho, el pobre marido de su hija, está loco y le ha dado la locura por encerrar a su mujer que es la hija de la señora, y no dejar que se vea con la madre sino así, sólo de lejos.

¿Esto es así?

—Completamente.

—Preguntado el muchacho dice en cambio que la loca es ella no él; que la hija de aquella anciana, fué, en efecto su mujer, su primera mujer; pero su primera mujer murió cuatro años hace y ésta que tiene ahora es otra, la segunda. Ahora bien, como a la anciana le ha dado la locura por creer que su hija no se ha muerto y que es aquella, el muchacho y su señora siguen—según él—aquella farsa para conservar a la anciana la dulce creencia loca de que su hija vive aún. ¿Sigue siendo así?

—Completamente.

—Pero, ¿quién tiene razón y cuál es la verdad de lo que ocurre? ¿Murió la hija?, ¿no murió la hija? ¿Está loca ella?, ¿o lo está él? Ambos tienen razón y ambos dejan en la duda; parecen cuerdos a veces y a veces dan sospechas de que ninguno de los dos están

en sus cabales... La gente busca pruebas, y un señor—uno sólo, contra todos—asegura que no encontrarán pruebas, que las pruebas no probarán jamás cosa alguna, entre otras razones por que no hay que probar nada; por que lo único que se puede probar está a la vista: es a saber, que para la vieja su hija no se ha muerto; que para el joven sí se ha muerto; y que, por lo tanto, para la vieja es así todo aquello, puesto que así le parece a ella, y para el otro es del otro modo, puesto que así le parece; lo mismo que el frío es terrible para el friolero que se huela y benigno para el congestivo que se asa. Las gentes, sin embargo, no se conforman con eso y buscan la explicación definitiva, la única que puede resolver aquel problema: la mujer del joven. Pretenden y consiguen por fin, que ella, la esposa del joven, se presente para decirles, de una vez, si es ella o no la hija verdadera de la anciana. ¡Momento emocionante! Allí está el joven, allí está la madre y la Incógnita se va a presentar. ¿Qué va a pasar?... No pasa nada. La Incógnita se presenta envuelta en velos y no dice nada en concreto, no resuelve nada; deja que cada cual, loco o cuerdo, siga suponiendo lo que quiera y da ella, por su parte, a cada cual motivos para que supongan lo que gusten. Cae el telón aquí y así se acaba. ¿Es esa la obra?

—Esa es la obra.
—Pues, bien, vamos a ver, ¿qué quiere decir eso?
—Quiere decir, me parece, que la verdad jamás se encuentra; que no podemos ver la verdad recién salida del pozo: es a saber, desnudita, sino que se presenta, si acaso se presenta, siempre bajo velos y sin decir nada en concreto, dando motivos sobrados para que conjeturen unos y otros y tengan todos razón sin tener razón ninguno, quedando cada cual con su parecer y siendo para cada cual lo que a cada cual le parece.
—Y qué, ¿usted qué opina: es así o no es así?
—Así es... si así parece.
—Pero, ¿parece así o no parece así?
—Lo que a usted le parezca... ¿Qué le parece a usted?
—Hombre, a mí... a mí... me parece... me parece y no me parece.
—Pues ¡eso!
—¿El qué?
—Lo que sea; ¡da igual! ¡Lo que le parezca más cómodo!...
—De modo que para usted la verdad es...
—Lo que sea.
—Y ¿qué es lo que sea?
—No lo sé... la verdad.

—Pero a su parecer... ¿qué? Usted me podrá dar su parecer...

—Ah, eso sí... mi parecer sí... Es una buena costumbre —pirandelliana por completo— esa que nosotros tenemos de decirnos: «Deme usted su parecer». No preguntamos: «Dígame usted, qué es esto o qué es lo otro», sino que decimos «A usted, qué le parece?»

—A usted le parece que eso es.
—Sí: ¡eso es!
—¿El qué es?
—Eso: lo que es.
—Pero, ¿qué es lo que es?
—Lo que nos parezca.
—¡Ah! ¿Lo que nos parezca?
—¡Eso es, hombre, eso es!
—¿Según Pirandello?
—Me parece...
—Y el chico de Morano, ¿eh?, dicho sea de paso, pero en letras gordas,

hay tal dureza; que es un trocito de almendra: «pour croquer».

Deben los lectores ver *El tío Morris*; aprenderán varias cosas y las corroborarán si ya las saben. Una, que Mercedes Sampedro es una actriz formidable, de lo bueno bueno que se usa; otra, que para el amor y el dinero no hay obstáculos y, en siendo el actor un tío, como es Pedro Sepúlveda, puede, aunque esté ajamonado, convencernos de que el jamón, puede ser serrano y parecérselo así a una joven-cita lista y linda.

ENTREACTOS

A Tristán Bernard le patearon una vez una comedia. Tristán Bernard aceptó aquel pateo, como de costumbre en análogos casos, con excelente buen humor. Unos amigos provincianos, de paso por París, le pidieron unas butacas para ir a ver la obra. Tristán Bernard les dio una tarjeta suya en la que escribió:

Vale por dos butacas para la función de esta noche.

Nota.—Se ruega a los espectadores que vayan bien armados, porque el teatro está extremadamente desierto.

Otro día le pidieron otras dos butacas para la misma obra y contestó:

¿Dos butacas? ¡imposible! La empresa no da menos de una fila.

...

Un compañero del mismo. Tristán Bernard decía una vez, murmurando:

—Cuando Tristán Bernard lee sus obras a la compañía, no están nunca acabadas.

Tristán lo supo y contestó:

—Cuando él lee sus obras a la compañía, se cree que están acabadas.

...

Miren—decía el mismo autor refiriéndose a una rubita muy mona que estaba entre bastidores—. Ahí tienen una mujer admirable. Está contratada con el sueldo mínimo; no hace más que sacar cartas a escena. Y, a pesar de eso, sostiene a su madre, a dos hermanos y un auto de cuarenta caballos.

MANUEL ABRIL



Mercedes Sampedro en *El tío Morris*

está despampanante, ¿no le parece?
—¡Me parece!

En el *Infanta Isabel*.—«El tío Morris».

Cuando entré a felicitar a los intérpretes de *El tío Morris*, la comedia arreglada por Luis Olive para el *Infanta Isabel*, acababa éste, galante, como siempre, de enviar a las señoras unos bombones de lo fino. Amparito Martí me ofreció uno y me pareció de rechupete. ¿Quién? ¿el bombón? ¿ella? ¡oh!... ¡secretos!...

La comedia también me pareció un bombón. Dulce fino, suave, coquetón, de buena casa; de pronto un leve amargo, muy poquitín: algún licor que se resuelve en dulce al fin y al cabo; si hay algún tropezón un poco duro, que nos alarma en medio de aquella suavidad, y nos hace suponer alguna audacia, resulta inmediatamente que no

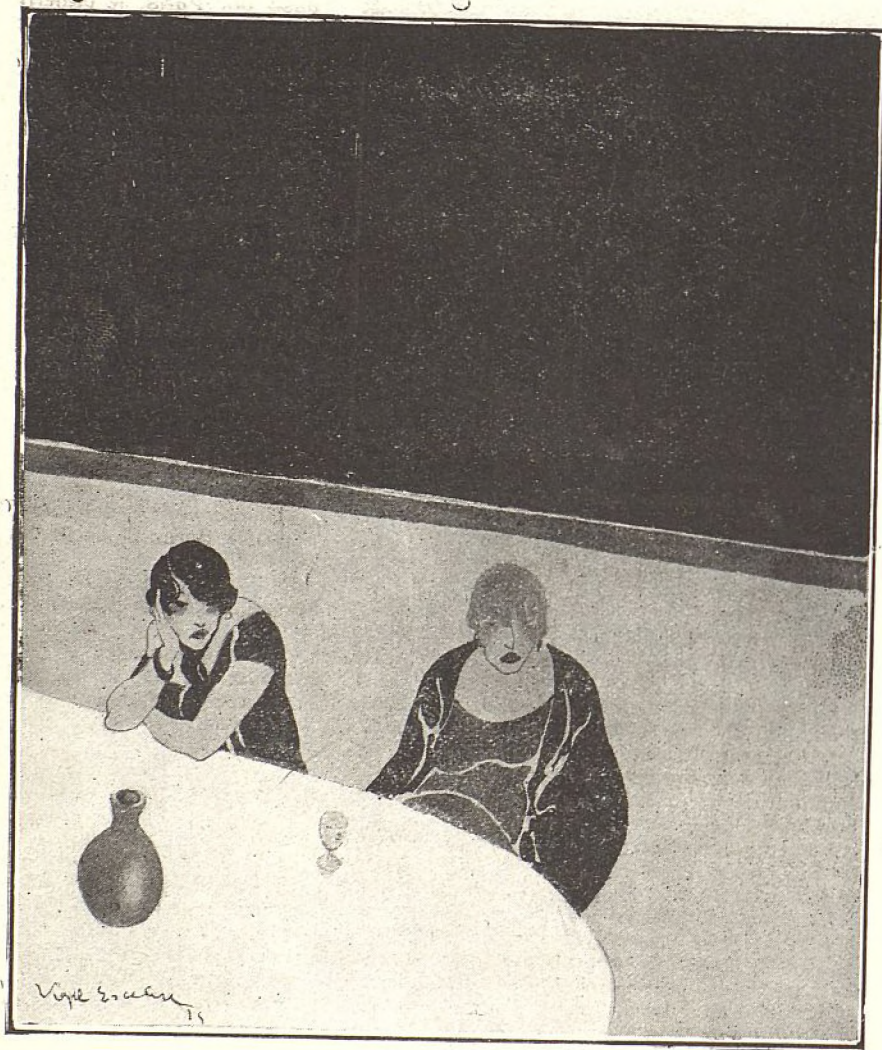
EL VERDUGO DE JADRAQUE

ROMANCE DEL SIGLO XV

Premiado en una tómbola de la verbena de la Paloma.

Junto a un arroyo azulado,
que tiene a su lado un monte,
y muy cerca de un barranco
profundísimo, por donde
fallecieron despeñados
una porción de pastores,
a una legua de Jadraque,
mirando en dirección Norte
y a doce de Cogolludo
(pueblo heroico, aunque pobre
al que se llega en dos horas
y se llega cuando el bote),
torciendo hacia mano izquierda
por un campo de melones,
aún distingue el caminante
la silueta de una torre.
Todos los hombres de ciencia,

todos los historiadores
ignoran qué representa
la ya mencionada torre,
pero yo, que soy un hacha,
un hacha con mejor corte
que tuvo un día en Versalles
el monarca Luis XIV,
voy a decírcles a ustedes
qué historia oculta esa torre,
aunque al conocer la historia
el terror les agarrote.
La torre es negra y sombría,
de piedra gris y uniforme,
en ella se ven almenas
horcas de hierro y de bronce,
ventanas aspilleras
y algún que otro saltamontes.



TANGO ARGENTINO
—¡Mozo, traiga otra copal...

Dib. VIGI, ESCALERA. —Madrid.

BUEN HUMOR

Y dentro tiene mazmorras
oscuras como la noche
donde no penetra el sol
ni aunque lo disponga Urgoiti.
Y hay, tras aquellas paredes,
jaulas de gruesos barrotes,
instrumentos de tortura,
cuchillos, navajas, hoces
y una colección de libros
de ultraístas españoles.
«¿Y quién habita—diréis—
esa tenebrosa torre?»
Pues la habitaba hace siglos—
a fin del siglo catorce—
el verdugo de Jadraque,
un hombre inmundo e innoble.
Se llamaba Rodavanto
y era tan cruel aquel hombre
que la sangre derramada
le producía un gran goce.
Por razones de su cargo
daba al día pasaporte
para otro barrio a doscientos,
entre villanos y nobles,
y era tal su regocijo
cuando hacía este desmoche
que engordaba nueve kilos
y a veces engordó doce.
Y el día que no mataba
a nadie, vagaba el pobre
por los negros calabozos
vertiendo un llanto salobre.
Cierta tarde murió el rey
y a los presos de la torre
dió libertad el monarca
que heredara el trono. Entonces
el verdugo Rodavanto
se encontró solo y sin hombres
a los que matar en medio
de sufrimientos atroces.
Y con aullidos de hiena
y berridos de bisonte,
recorría las mazmorras
jurando cual los bretones
y suplicando una víctima
para hacerla picatostes.
Pero ningún condenado
mandaba el rey a la torre
y así pasaron tres meses
de noventa y una noches.
Al fin de ellos Rodavanto,
el verdugo de más nombre,
terrible entre los terribles,
feroz entre los feroces,
tuvo una idea genial
para ejecutar a otro hombre:
y fué que cogió una espada
y se arreó tal mandoble
que se cercenó la *chola*
y sin la chola quedóse.

Y cuentan que su cabeza
rodó por los escalones
empinados y tortuosos
de la berroqueña torre
y que cuando llegó abajo
salieron de ella estas voces:
«¡Las ganas que yo tenía
de matar a alguien, demontrel!»

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

MODESTO LANZARON Y LA CAJA DE CERILLAS

(C U E N T O)

I

Una vez que Modesto Lanzarón llegó a alcanzar la rosada edad de los diez y nueve años, se autoanalizó detenidamente hasta llegar a la dolorosa conclusión de que no poseía ningún vicio.

Esto le produjo una decepción tan profunda, que no pudo por menos de decir a su padre, cierta noche después de cenar:

—Papá: he cumplido diez y nueve años, soy rubio y no tengo ningún vicio. Lo he pensado bien y creo que debo de adquirir alguno.... Así es que, o me doy a las mujeres, o al vino, o fumo.

Su padre inquirió sensatamente:

—¿Y no le sería lo mismo escribir versos?...

Modesto Lanzarón creyó preciso advertir a su progenitor que no le sería lo mismo escribir versos. Entonces éste le dijo cariñosamente:

—Pues bien, hijo mío, fuma.

Y Modesto Lanzarón, fumó.

Hasta entonces Modesto no se había hecho cargo de los sacrificios que un hombre se impone al adoptar un vicio. No es esto tan fácil como parece.

Los espantosos «areos» que experimentó a los primeros «susinís» le decepcionaron tanto, que pensó seriamente en abandonar el tabaco. Mas Modesto Lanzarón era un hombre de voluntad y consiguió que ésta se impusiese hasta el extremo de vencer el mareo.

Acostumbrado pues, al tabaco, se dedicó de lleno a las cajetillas de «cin-cuenta», por ser éstas las que mejor caían dentro de sus posibilidades económicas.

En un comienzo, hubo de asombrarse de los objetos, más o menos insospechados, que hallaba dentro de estos cigarrillos: clavos, pelos, trocitos de barro, horquillas, troncos de árboles, paja, uñas...

Un compañero suyo le aseguró formalmente que cierta vez él, dentro de uno de estos cigarrillos, había encontrado una gramática francesa; mas esta aseveración de su amigo, fué admitida por Modesto con determinadas reservas.

Lanzarón era feliz, y hubiera seguido siéndolo a no ser por un pequeño detalle, un minúsculo contratiempo que le empujó hacia los bordes de la tra-

gedia: Cierta día, en uno de estos pitillos, halló—aunque en muy pequeña cantidad—tabaco.

Ante estos indicios de la venenosa planta sintió miedo, un miedo espantoso, motivado... Recordaba el trágico caso de su tío Rafael que, siendo un fumador empedernido, hubo de morir envenenado por un cigarrillo, ¡un cigarrillo de tabaco!—legítimo cubano—que un su amigo, recién llegado de América, le dió.

Mas comprobando, al correr los días, que aquella cantidad de tabaco hallada en su cigarrillo se encontraba allí por mera casualidad, ya que nunca volvió a repetirse semejante caso, ol-

vidó sus serios temores y se dió de nuevo a su vicio con amoroso ardor.

II

Aquel atardecer el suelo se descuajaba en agua. Modesto, tras de los cristales de su habitación, contemplaba el paisaje—sucio, gris—, que aparecía rayado por la lluvia.

Desmdejado y mustio, sentóse ante su mesa de trabajo y lió un pitillo. Cogió una caja de cerillas, sin despreñiar aún, que estaba encima de su mesa, y la abrió. Escogió al azar... Pasó repetidas veces dicha cerilla,



Dib. GORI.—Madrid.

—¡Es usted la mujer más bonita de España!...

—¡Lástima que no pueda yo decir lo mismo de usted!

—¡Como que yo no soy mujer... y soy extranjero!

oprimiéndola ligeramente con el dedo índice, sobre el raspador de la caja. Saltaron unas cuantas chispitas que prestamente se apagaron. La cerilla no se encendió.

Volvió con más fuerza a rascar otra cerilla, ya que la anterior, debido al frote intenso a que la había sometido, quedó descabezada.

El resultado de estos repetidos frotés fué completamente nulo.

Con mano nerviosa, encendió una tercera...

Modesto debió de darse por vencido; debió de comprender que cuando una caja de cerillas toma una tan seria determinación, sus motivos tendrá para ello; debió de renunciar a tan alocada empresa pero...

A la veinteaava cerilla logró que la cabeza del fósforo entrase en un franco período de combustión, mas con tan

mala fortuna, que ésta se adhirió a su dedo índice en el preciso momento de comenzar a arder.

Lanzaron emitido un largo gemido e introdujo velozmente el susodicho dedo en la boca.

Una vez pasado el agudo dolor que la quemadura le produjo, volvió a intentar encender una nueva cerilla. Ahora sí que se encendió; pero se encendió durante breves instantes, tan breves que, cuando anhelosamente acercaba el pitillo a la cerilla, ésta dejó de arder. Al mismo tiempo, sobre el pantalón de Modesto, cayeron gruesas gotas de esperma.

Entonces, desesperadamente, buscó en el fondo de la caja alguna cerilla que presentase un saludable aspecto. No encontró una, sino tres; justo es reconocerlo: Tres robustas cerillas unidas por sus cabezas.

Las apretó con todas sus fuerzas contra el raspador de la caja, e hizo correr velozmente su mano a lo largo de éste.

Una enorme llamarada iluminó la habitación. De la cabeza en combustión de la cerilla saltaron mil ardientes chispas que se posaron sobre sus manos, sobre su rostro, sobre sus ropas...

Cuando aún no había salido de su garganta un espantoso grito de dolor que ya su cerebro había dado orden de ser emitido, Modesto vió horrorizado que de la cerilla surgían a nplias y espesas columnas de humo.

De sus ojos comenzaron a fluir incontables lágrimas. Quiso pedir socorro, pero no pudo. Sintió que le faltaba el aire; algo así como si una enorme mano peluda le apretara la garganta...

La cerilla, caída en el suelo, se había apagado ya, pero el humo seguía saliendo lento y trágico.

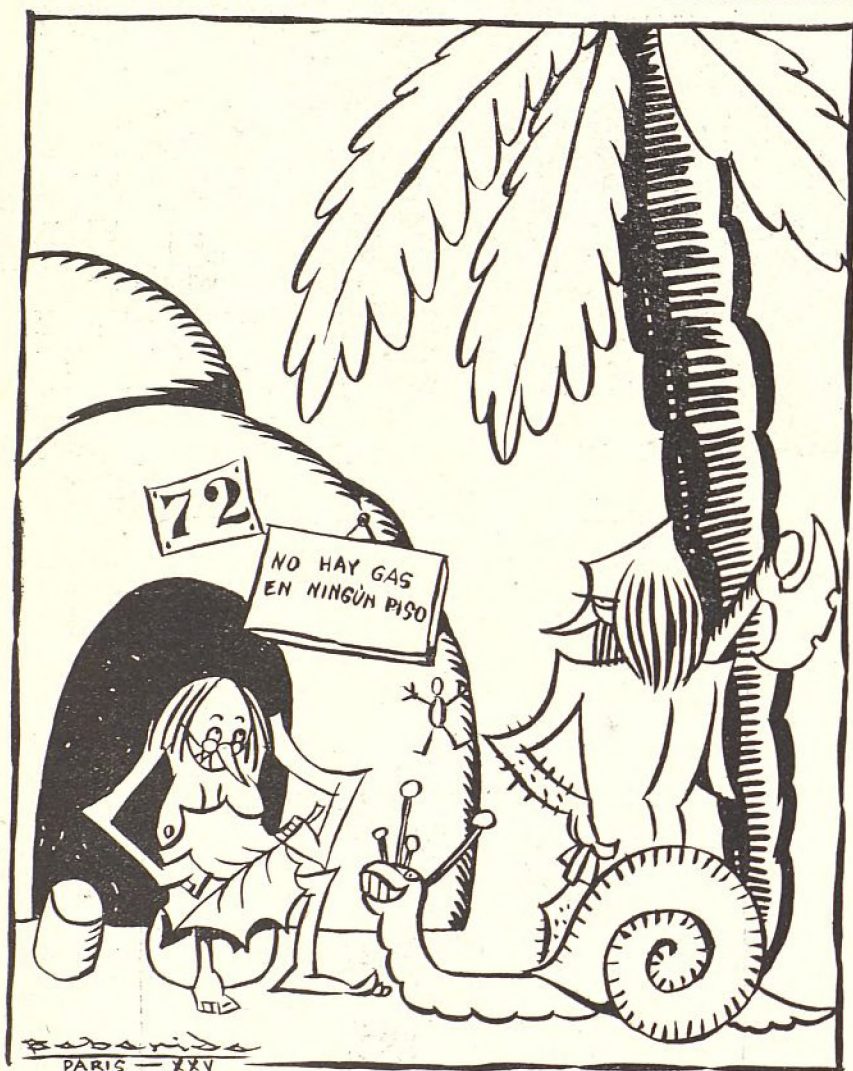
Modesto manoteó incongruentemente, cual si quisiera espantar un inoportuno mosquito. Abrió la boca como si fuera a bostezar. Intentó llevar sus manos al cuello... Un grito ronco salió de su garganta...

En uno de los descompasados movimientos a que se entregaba, la silla en que estaba sentado cayó al suelo.

III

El médico forense diagnosticó la muerte por asfixia.

ANTONIO ISAAC



Dib. BEBERIDE. —París.

DE LA EDAD DE LAS CAVERNAS

—¿Qué haces, Loreto?

—¡Zurciéndote los calzoncillos, Domitilo, que mañana es sábado!

BUEN HUMOR se vende en la HABANA en la Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, Pl y Margall, 135-139



Dib. SANCHÁ. — Madrid.

EL CHICO DEL CARNICERO. — *Padre! ¿Congelada se escribe con j o con g?*
 EL CARNICERO. — *Con g, hombre, la misma palabra lo dice... con g... la... da.*

EL TALENTO

DE LA



CIERVA



NOVELA CIENTÍFICA PARA NIÑOS Y ANCIANOS

PRÓLOGO

LA TIENDA DE CAMPAÑA



ORRÍA el año de gracia de 1925, y le llamo de gracia no sé por qué, pues a mí no me hizo reír ni esto, y conste que al decir esto no señalo a ningún sitio feo. Había ya subido al poder el Directorio y habían pasado ya a mejor vida los hombres del antiguo régimen, aunque ustedes tal vez consideren que es imposible que Romanones, García Prieto y etcétera, pasasen a mejor vida que la pistonudísima ídem que hasta entonces llevaron; pero, en fin, no es mi misión asegurar que sí, ni afirmar rotundamente que no. Mis opiniones políticas son un secreto, y el que quiera conocerlas que se fastidie. Yo deseo estar a bien con todo el mundo, porque es lo que más engorda y tranquiliza al ciudadano..., y no doy un no porque soy unas mijas cobarde para negarme a nada, y no doy un sí porque tengo muy mala voz...

Sigamos adelante, que vamos bien.

Aquel año de 1925 parecía haber venido al mundo (según Melquiades Álvarez, Lerroux, Sánchez Toca y otros chasqueados), para ser testigo de males sin cuento. Y sin embargo, no, señores: vino para ser testigo de males *con* cuento. Porque este cuento que van ustedes a leer se escribió entonces.

Yo, que no sé si ustedes sabrán, al cabo de los años que vienen aguantándome, que soy un literato formidable, y por si no lo supieran lo hago ahora constar aquí para que no quepa ninguna duda; yo que como escritor abarco todos los géneros aunque no aprieto ninguno, pues ya reza el proverbio que el que mucho abarca, aprieta poquísimo, yo, repito, no había nunca acometido la árdua tarea de elaborar a brazo o a pata (mis dos modos de hacer literatura) el género difícilísimo de la novela científica, a pesar de

ser un idólatra convencido del gran Julio Verne y de haber leído mucho a este grandilocuente guasón y a otro novelista, francés también por su desgracia, llamado Georges Abril, e imitador del supradicho Julio Verne, aunque debo advertir que siempre tomé con más calor las cosas de Julio que las de Abril como era lógico, higiénico y pertinente.

Pero un día tuve una revelación transcendentalísima: yo, ¡ay de mí!, era un hombre de ciencia sin saberlo. Fué en una tienda de un óptico amigo mío, llamado Nicomedes Campaña, o, como he dicho en el título de este prólogo, en la tienda de Campaña y ustedes perdonen la pésima calidad del chiste teniendo en cuenta el poco dinero que les ha costado. Mi amigo vendía los mil artículos corrientes en las casas de óptica vulgar: barómetros, termómetros, anteojos y gemelos. La especialidad de la casa eran, ¡claro está!, los gemelos de Campaña y ustedes vuelvan a perdonar.

Pues bien, aquel día mi amigo Campaña me puso en la mano un par de gemelos y me rogó que determinase los aumentos que hacían. Tardé un mes en resolver el problema, y en ese tiempo la esposa de Campaña tuvo la ocurrencia de dar a luz dos mellizos preciosos, demasía intolerable que me proporcionó la solución que fué la que sigue: los gemelos de Campaña hacían dos aumentos..., y ahora no les digo que me perdonen por tercera vez porque sé que no me perdonarán jamás y harán ustedes muy bien.

Mi éxito, no obstante, fué definitivo y a solas con mi conciencia hube de hacerme el siguiente razonamiento:

Puesto que soy un escritor festivo de lo menos criminal que se fabrica, y ahora resulta que domino las ciencias de un modo casi despótico, se impone el acometer la novela científica que en España está tan en mantillas como los

mellizos de Nicomedes.. ¡Y dicho y hecho!

La novela que van ustedes a leer, diciendo a cada paso (ya sé que por envidia de mi sabiduría): ¡qué bruto es el autor!, ¡mal tiro le peguen y buen tiro le acierte!, etc., etc.; esta novela, vuelvo a repetir, es mi primer ensayo juliovernesco, y advierto a ustedes que antes de pasar a la letra de molde ha alcanzado ya dos triunfos enormes.

El primero es que piensan declararla obra de texto en varios colegios de señoritas de la República de Honduras. De modo es que ya he logrado meterme en Honduras y además tener contacto directo con señoritas hondas (suplico que se debe decir así), que es una cosa que siempre agrada. Y el segundo triunfo es que esta novela va a ser traducida a todas las lenguas conocidas, con la única excepción de la lengua estofada y de la lengua viperina que no me han convenido.

Y dicho esto, para que no se crean ustedes que van a leer una mentecatez cualquiera, paso al primer capítulo, advirtiéndoles una vez más que soy un pozo de ciencia, como lo prueba el hecho de que a los once años me premiaron en Aritmética por *eleva al cubo* como los ángeles.

¡Y una criaturita que eleva al cubo, acaba en pozo, no les quepa a ustedes la más indecorosa duda!...

CAPÍTULO PRIMERO

La Cierva.

Entre las varias desgracias, de índole tremebunda e irreparable, que pueden afligir a un sujeto, la más atroz, la más lancinante, la más horrfona es sin disputa (y aun con disputa y con bronca si me apuran ustedes) la desgracia de llamarse La Cierva de apellido sin tener nada de común con el popular hombre ex público, y ex agregado de Maura, que atiende por Don Juan



BATALLA DE FLORES

Dib. SAMA. — Madrid.

—¡Animal!
—¡Bestia.

—¡Hotentote!
—¡Diputado!

—¡Intelectual!

(cuando quiere atender, que es muy pocas veces). Y esta implacable mala suerte de tener por apellido paterno un La Cierva como una casa le cupo al desventurado protagonista de nuestra historia desde el momento en que nació, y no digo desde el momento en que vio la luz porque nació de noche, en un túnel y a oscuras por haberse apagado las lámparas de aceite de que antiguamente iban dotados los elegantes y cómodos vagones de tercera clase; de manera es que el hombre nació, pero la luz no la vio por ninguna parte.

Comprenderán mis lectores que un hombre que nace sin luz no puede llegar nunca a tener una peseta y, por tanto, nuestro héroe venía al mundo condenado a ser un pobre diablo, aunque en aquel instante le llamaban *pobre angelito* los compañeros de viaje.

Apenas abandonó La Cierva el claustro materno y fué depositado en el durísimo asiento del vagón, rompió a llorar de un modo tan escandaloso para la poca edad que tenía, y tan perfecto para su escasa práctica en el asunto, que un joven andaluz, *maleta* él, que estaba cerca, explicó la causa con esta frase casi ibseniana:

—¡La pobre criatura protesta del cambio de departamento!

No debía de ser eso, sin embargo, sino que el pequeño La Ciervita nacía ya con la suficiente experiencia para estar enterado del aforismo popular que dice, sobre poco más o menos, que el que no llora no ingiere leche en buenas condiciones y a su debido tiempo, acto valeroso al que llaman mamar los que no saben expresarse con la corrección que un servidor. Ahora bien, como en aquel vagón

no se hablaba más que en ese lenguaje vulgar y pedestre que me avergüenza, convino todo el mundo en que el chico quería mamar, prematura afición que hizo decir al maleta de marras que debían poner de nombre al chico *Mamerto*, aparte de dar ocasión a que discutiesen dos profesores de gramática que iban a Salamanca si a un niño recién nacido se le había de calificar de niño de pecho o de chico de leche.

En este momento el tren paró en la famosísima estación de Las Navas del Marqués. Como siempre ocurre, el Marqués no estaba visible y Las Navas no digamos tampoco que se las distinguía muy bien. Varios naturales de la población, a los que no sé si ofenderé llamándoles *navieros*, y si les ofendo lo siento mucho, voceaban en el andén con un quejumbroso acento que partía el alma:

—¡Un botijo e leche!...

A cuyos estridentes lamentos, el presunto Mamerto abrió sus ojillos con mal disimulada expresión de alegría como diciendo:

—¡Debían ustedes convidarme!...

Y su deseo fué satisfecho. La Cierva, a pesar de ir en un tren, empezó a chupar del bote como si fuera en un transatlántico o como si formase parte de aquellos inolvidables ayuntamientos de Madrid anteriores a Primo de Rivera. Y mientras Mamertito daba buena cuenta del botijo de leche, al cual habían aplicado un biberón, el tren reanudó su marcha con una velocidad desusada en un tren correo. Y aquí salta el primer absurdo de esta narración: La Cierva iba en el correo y la leche que se estaba trajetando iba en el *botijo*, pero afortunadamente nadie notó que esto era una barbaridad y Mamertín pudo vaciar con tranquilidad el recipiente, si bien tornó a llorar con enorme desconsuelo al darse cuenta de que aquello ya no podía dar más leche. Al propio tiempo, el tren empezó a dar tan fenomenales tumbos que el recién nacido arreció en su llanto de una manera hercúlea y catastrófica. Claro es que las incómodas sacudidas del convoy reconocían como única causa el mal estado de la vía, y a esto también le puso su comentario el muleta andaluz dirigiéndose al niño llorón de esta graciosa forma:

—¡No llores, presioso! ¡Es que la vía es muy perra!...

Continuemos la interesantísima na-

rración que ya veo que les tiene a ustedes con el alma en un bramante, y no digo en un hilo porque no hay hilo que aguante el peso de un alma, digan lo que quieran los que lo dicen.

El tren siguió dando tumbos con tal desprendimiento y esplendidez que a cada momento daba más; y los daba sin que nadie se los pidiera, que es como deben hacerse las cosas... Aquello no podía tener buen fin y, ¡naturalmente!, no lo tuvo. Al cabo de quince minutos, el tren perdió la vía...

Quiero decir que descarriló.

El momento fué de verdadero horror. Varios vagones saltaron hechos astillas y el carbón que iba en el tender se hizo cisco. Un vagón cayó encima de una vagoneta, detalle que le pareció natural a mucha gente. Se estropearon de modo lamentable con el furibundo golpetazo cuarenta y tantos baules y seis *maletas*: el maleta andaluz tantas veces nombrado y otros cinco colegas suyos que iban en un coche inmediato. Y, para colmo de espantosidades, el vagón-correo que iba atestado de sacas de correspondencia saltó también hecho mil pedazos. El padre de Mamertito recibió un golpe descabellante en la cabeza producido por un paquete de dos mil trescientas cartas y cayó sin sentido y perdiendo el uso de la palabra, hasta tal punto que no contestó a las preguntas angustiadas que su esposa le dirigía. Realmente, recibiendo dos mil trescientas cartas a un mismo tiempo, no hay forma de contestar a nadie... Por fortuna, un médi-

co, compañero de viaje, que había hecho las veces de tocólogo improvisado en el feliz *arribo* al mundo del pequeño La Cierva, acudió en auxilio del padre y pudo certificar que la confusión no era grave. No nos hemos explicado todavía cómo pudo certificar aquel médico entre un lío de correspondencia tan horroroso.

Pero, en fin, lo importante aquí es hacer constar que, a pesar de lo aparatoso del descarrilamiento, no hubo víctimas, de lo cual nos congratulamos un disparate, felicitando de paso y muy cordialmente a los viajeros salvados, y sintiendo mucho no poder hacer lo mismo con un acaparador de harinas que perdió cien sacos que iban en el tren. Los sacos de harina no fueron salvados, con lo cual queda demostrado que no siempre es verdad eso de *harinas* y *salvados* que vemos en las muestras de bastantes establecimientos.

Y, resumiendo, lo interesante para esta verídica historia es que Mamertito La Cierva no sufrió ningún daño; y en cambio puede hoy propalar (como nota curiosa de su vida, derivada del accidente ferroviario) que a él le ha sucedido lo que a muy pocos mortales:

¡Que en el espacio de treinta minutos nació dos veces!...

¡O más claro: que cuando verdaderamente pudo decir que había nacido fué después del descarrilamiento!...

(Se continuará porque no hay más remedio que ver en lo que para todo esto.)

ERNESTO POLO

NO LES QUEREMOS DECIR A USTEDES

¡LA REGOCIJADA ESTUPENDEZ!

QUE VA A SER NUESTRO PRÓXIMO

NUMERO ALMANAQUE

Y NO LES QUEREMOS DECIR TAMPOCO LA SERIE INFINITA DE COSAS CHUSQUÍSIMAS QUE SE NOS HAN OCURRIDO A NOSOTROS SOLOS PARA SOLAZ DE LOS LECTORES DE



BUEN HUMOR



QUE COMPREN POR EL RISIBLE Y DESPRECIABLE PRECIO DE

UNA PESETA

EL NÚMERO ALMANAQUE DE «BUEN HUMOR» DE 1926



DEL BUEN HUMOR AJENO



PEQUEÑAS HISTORIAS

POR W. PERRINS

Un inglés, robusto, decidido, entra en un bar.

—Deme usted un vohisky antes de la bronca—dice al barman—. Este sirve la bebida. El inglés la consume de un trago y vuelve a pedir.

—Otro vohisky antes de la bronca. Se le sirve y bebe de nuevo.

—Dame otro vohisky antes de la bronca.

Este «antes de la bronca» acaba por intrigar al barman, quien pregunta:

—¿Qué significa eso de «antes de la bronca»?

—Está muy claro...

—¿Pero qué bronca es esa?

—La que se va a armar aquí en cuanto tenga que pagar, porque no tengo un céntimo.

Un joven doctor alienista recibe en el manicomio donde presta sus servicios la visita de su padre, hombre pretenioso, pero excelente sujeto. Le enseña los locos.

—Este, dícele, va mejor. Pronto saldrá de aquí.

—¿Y aquel tan solemne que se lleva sin cesar la mano a la cabeza?—pregunta el padre.

—Es un incurable, ja, ja. Es un loco que se cree Luis XVI.

—Espera. Voy a hablarle; tal vez se pueda conseguir algo.

Al poco rato vuelve el padre y dice: Está mejor desde que le he hablado. Ahora no se cree más que Luis XIV.

Un marsellés, un tolosano y un bordelés, cuentan sus proezas guerreras.

Yo, dice el de Tolosa, hice una cosa muy sencilla. Los alemanes me habían perseguido hasta un muro de tres metros de alto. Viéndome perdido, me volví y uno a uno con mi bayoneta, los fui arrojando al otro lado del muro.

—¡Bah!, dijo el bordelés; yo estaba sólo un día, frente a trece alemanes, y como no había muro, los ensarté como sardinas en mi bayoneta... —¿Y tú, dijo el bordelés al de Marsella, no dices nada?, ¿qué has hecho?

—Yo no puedo decir nada, porque morí en Charleroi.

—¿Por qué no he de triunfar yo en el arte cinematográfico?, se preguntó Mme. Duval al leer este anuncio:

«Se necesita una mujer joven y muy bella para primera actriz.»

M. Duval, asombrado, no se atreve a responder. Hace tanto tiempo que nació su esposa, que ha olvidado su edad.

Ella telefona al director de la empresa cinematográfica y obtiene promesa de que la esperará al día siguiente, a las diez de la mañana.

Los trabajos de pintura y de embellecimiento llevaron a la ilusa señora mucho tiempo.

—Perdone, señor director, me he retrasado cinco minutos.

—¡Cinco minutos! ¡Treinta años es lo que se ha retrasado usted, señora!

Un humorista hizo, algunos años ha, un viaje al Sur de Italia. Llegado a Mesina, tomó una habitación en un hotel y dispúsose a lavarse y mudarse de ropa.

De pronto, vió que temblaban las paredes y que los muebles se movían bruscamente. Inquieto, llamó al camarero.

—¿Qué ocurre?...

—¡Oh, señor! ¡Si usted supiera!...

—¡Pero, qué! Hable usted. ¿Es grave?

—¡Horrible! ¡Un temblor de tierra! ¡Debe haber millones de víctimas!...

El viajero lanzó un suspiro y exclamó: ¡Un temblor de tierra!... ¡Respiro! ¡Creí que era una alucinación!

G. P.



—¿Necesita usted alguien que cuide de la tienda mientras usted se marcha?

—No; gracias, muchacho: No necesito salir de casa.

—Sí que tiene usted que salir: Si una mujer acaba de caer al canal.

(De The Passing Show, Londres.)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

Persiles. Madrid.

Poeta de los más viles es este pobre Persiles.

R. V. I. Santiago.

En *Lo que sobra en Verdún* falta el sentido común.

Belcebú. Madrid.—Exageradamente chulapo para nuestros gustos, algo cochino para los gustos del público que nos honra, y alarmantemente largo y pesado para todos los gustos habidos y por haber.

Plancheta. Madrid.—

No existe en todo el planeta un bestia como Plancheta.

D. G. N. Madrid.—Ah, caramba! ¿De modo que usted no ha sacado cédula y encima se pitorrea del Excelentísimo Ayuntamiento de esta heroica, sufrida y guadarramesca villa?... ¡Pues bien, no se reirá usted mucho tiempo! ¡Por este mismo correo escribimos al conde de Valledano, nuestro amigo particular, denunciándole a usted con pelos y señales para que le siente la mano!

Si quieres estar hermosa, no gastes en una alhaja ni te compres otra cosa, que en *Casa Presa* una faja. Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

FÁBRICA DE LUNAS

Y ALMACÉN DE CRISTALES

BISELADO. GRABADO Y DECORADO ARTÍSTICO

F. FERNÁNDEZ

FLORIDA. NÚM. 10 MADRID TELÉFONO 28-98 J.

¡Aunque preferiríamos que el conde le sentase a usted la vara! ¡Y en las costillas, y lo más cómodamente que pudiera!...

Cancio. Coruña.—No llore usted por los desdones de Margarita. ¡Eso es una idiotez!... Y como usted, aunque no llore, ya es un idiota consagrado, calcule adónde llegaría si diese rienda suelta a ese llanto que nos anuncia.

P. A. R. Valencia.—Es un apetitoso bufuelo, con permiso de usted. ¡Y con permiso de todos los bufueleros acreditados de España e islas adyacentes!...

Educadito. Málaga.—

Como usted está educado le hablaré con buenos modos. Su cuento del jorobado nos ha jorobado a todos.

—¿Quiere usted una pasta?—dijo [Casta, sirviendo el te al poeta que esto [escribe y dijo el vate: —Sí; quiero una pasta Dentífrica de Orive.

M. P. B. Barcelona.—¿De dónde ha sacado usted que el mono es un cuadrúpedo? ¡El que es un cuadrúpedo es usted y a mucha honra!...

Kriff. Madrid.—Eso está peor dibujado que una cadera del inolvidable conde de Romanones.

E. G. G. Bilbao.—Su narración *La vía láctea* es impropia de la estación en que nos encontramos.

Cafete. Reus.

Dos cosas hechas en Reus que no nos gustan las *deus*.

Pirracas. Madrid.—Es una barbaridad más grande que cruzar el desierto de Sahara llevando de merienda bacalao a la vizcaína.

Llano. Madrid.

Este Llano es un marrano en estilo liso y llano.

A. G. E. Madrid.—¡Qué sugestiva belleza, qué atortolante encanto, qué meliflua dulzura tiene el principio de su lírica composición! ¡Tanto nos ha llegado al alma, a lo profundo de nuestra alma ligeramente bohemía, que no podemos reprimir el impulso desesperado de publicarlo!

!!!PARA BODAS!!!

SEGURA

FOTOGRAFO

4. Puerta del Sol, 4.
Teléfono 41-52 M.

Dice así:

Hermosa y linda Palmira, mira

como sufre este poeta.

¡Dí si es verdad o es mentira que eres coqueta!

No lo eres, ¿verdad Palmira?

¡Ah, si lo fueras, me inquietar!

¡lo que podría suceder!

¡Mi ruina podría ser!

¡Sí, ¡mi ruina más completa!...

Bueno, y bromas aparte, lo que va a ser su ruina de usted es la posía. Porque como siga usted por ese espinoso y lúgubre camino, acaba en Ciempozuelos, con triple reja y con un cartel que diga: *jojo, que muerdel...* Estamos tristemente seguros de ese catastrófico final, si Jesucristo Nuestro Señor no hace un milagro para remediarlo...

C. P. D. Valladolid.—No se lo publicamos a usted, ni aunque viniese con una recomendación de los Reyes Católicos, nuestros antiguos y afectísimos admiradores.

M. M. M. Madrid.—Tres emes constituyen tus iniciales. ¡Pues bien, ni mandándote a las tres juntas está bastante castigado tu desafuero literario!...

T. C. Barcelona.—¿Conque usted es camarero, además de cuen-

tista gracioso? ¿Y por qué no sirve usted el café con más diligencia, en lugar de atormentarse tirando de péñola? ¡Se lo agradeceríamos de verdad, créame!... ¡No escriba usted, camarero! ¡Se lo pedimos de rodillas!... ¡Y por la eterna prosperidad de la rodilla que lleva usted al hombro, en el cumplimiento idóneo de su deber!...

G. G. LL. Madrid.—

Su poema *La verdad* es una imbecilidad.

¡Y esto sí que es mucho más verdad que el susodicho poemita!

Elguardia Pérez. Madrid.—Por muy guardia que usted sea, no tenemos más remedio que desacatarle. ¡Vaya usted a la porra!

Cifmaco. Burgos.—Eso es un rebuzno, emitido con una valentía y una riqueza de sonoridades que no tenemos más remedio que aplaudirlo rabiamente...

Nice. Madrid.—De la popular y abracadabrante *Chelito* no publicamos en estas columnas más elogios que los que se refieran a su arte. Los dedicados a su virtud, unilver-

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL. 13

salmente reconocida y exaltada, no estimamos preciso vulgarizarlos. Todo el mundo está conforme en ese punto y sería redundante la insistencia.

Panak. San Sebastián.—No puede ser, amigo. Huele que tumba de mal.

E. LL. T. Madrid.—¿Que usted no es un asno como otro cualquiera?... ¡Presumido!

CUPÓN

correspondiente al núm. 210 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Ingenuidad:

Juanito.—Si será buena mi vecina que ayer tarde le robaron una gallina, ¿y a que no sabes lo que decía la infeliz?

Pepito.—¿Qué?

Juanito.—No quisiera saber más que quien me ha quitado la gallina, para darle un par de capones.

Tele.—Madrid.

¿En qué se diferencia un reloj de campana de La «Casa de las medias»?

—Pues en que el reloj de campana da los cuartos y las medias, y en la «Casa de las medias» hay que dar los cuartos para que den las medias.

Antonia Fernández
G. de Quevedo.

En un taller de modistas.

—¿Cuál es el colmo de una maestra desconfiada?

—Poner guardaguijas para que no se las lleven las oficiales.

Alvaro García.—Madrid.

—¿Sabes lo que hizo el tío Quico cuando le dije que se estaba quemando el río?

—Creerlo.

—No; dudarlo.

Pequeñaco.—Valladolid.

En un manicomio.

El vigilante.—La loca que está en observación no se está quieta.

El Director.—Pues vengan dos cuerdas para sujetarla.

Francisco García Córdoba.—
Madrid.

En Africa.

El europeo.—¿De modo que has sufrido mucho por la muerte de tu padre?

El salvaje.—Ciertamente; sufrí una indigestión horrible cuando me lo comí.

Luis Pastor.—Madrid.

El maestro.—¿Cuál es el animal más grande que tú conoces, Juanito?

El alumno.—Mi padre, porque cuando me pega, mi madre le llama animalazo.

Paco Modinos.

En un examen.

—¿Quién fué el maestro de Aristóteles?

—¡...!

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

—¡Pues, hombre, es muy fácil! ¿Cómo no se llama un plato grande?

El discípulo, dándose una palmada en la frente:

—El maestro de Aristóteles fué la fuente.

Mfo.—Valladolid.

—¿En qué sitio se oyen más piropos?

—En las casas de empeño; porque se dice mucho «adiós prenda»

Mari Pepa Fernández.—Sevilla.

Examen de Historia:

Profesor.—¿Qué defensa le presentaban a Nerón los centuriones?

Alumno.—Pues ya se puede us-

ted figurar. ¡Como no usaba tirantest...

Aulio Agelio.—Oviedo.

En casa del escultor:

La viuda.—La cruz no me conviene.

El escultor.—Es que a más de rabajo, el mármol es de primera.



La viuda.—Sí; pero en diez mil pesetas la cruz es cara.

Fernando León Chis T. T.

El comprador.—Usted me dijo que el caballo que me había vendi-

terio no parece. Al día siguiente se presenta, y le dice su principal:

—¿Cómo has tardado tanto?

—Esperé que fuera de madrugada para ponerlo como me dijo el señorito.

Ruano.—Granada.

—¿En qué se parece el que va en ocio a pasar unos días en el campo y un joyero provinciano que vuelve después de haber contemplado una preciosa sortija que se exhibe en la joyería principal de la capital?

—En que el primero va de veranillo, y el último también: de veranillo.

A. Cortina.—Las Arenas.

—¿En qué se parece la visita pastoral del obispo a un pueblo de su diócesis, al hecho de comerse una guindilla picante?

—En que el obispo entra y sale repicando y la guindilla entra y sale re... picando.

A. Moreno.—Madrid.

Una chica recién llegada del pueblo entra de aprendiz en un taller de modistas:

La maestra.—Chica, ¿has visto el metro?

La chica.—Sí señora, fuimos ayer por la mañana mi primo y yo a ver a una tía mía y me llevó en eso.

J. Andaluz.—Madrid.

—¿Por qué está tan contento el maquinista de Buen Humor?

—Porque es calvo, y no le toman el pelo.

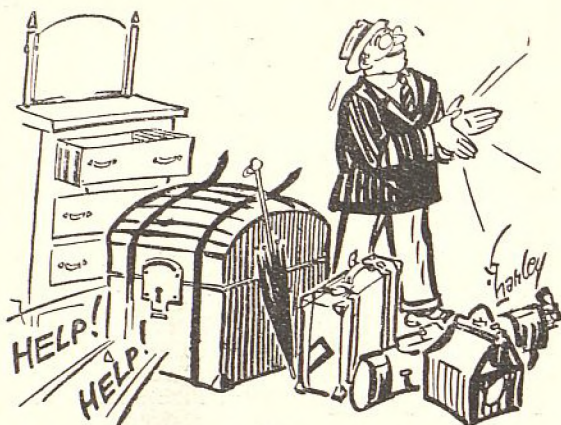
Poyato.—Madrid.

—¿En qué se parece un guarda de campo a un baúl?

—En que el guarda cuida del campo y el baúl guarda la ropa.

A. Aradilla.—Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.



¡Socorro! ¡Socorro! Al fin he terminado de hacer los baules, ¿pero dónde estará María?

(De London Opinion, Londres.)

LOS FAMOSOS POLVOS INSECTICIDAS

D B

LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de
toda clase de insectos.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fina y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis *belleza, distinción y delicado perfume*.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos *lozanía y juventud*. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosa y juventud*.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



—¡Caramba, Don Pepel, tanto tiempo sin verle.

—He estado de viaje.

—¡Un viaje de placer, ¿eh?

—¡No! Fui con mi esposa.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. DEL RIO.—Barcelona.